

M. WACQUEZ

CINCO Y UNA FICCIONES

Colección "El Viento en la Llama"

Derechos
reservados
Inscripción 26.982

A Héctor e Isidora

EL MOMENTO EXTENUADO

Y entonces, el reflector que iluminaba el mundo se apagó y nunca hubo para mí desde aquel día una luz más intensa que la de esta vela de cocina...

Tennessee Williams. Un tranvía llamado deseo.

a Marta Gil Solá

—¡Uhaaaaa, Uhaaaaa! —chillaba el chico. Gregoria lo meció con ese movimiento al que estaba tan acostumbrada. Sentía que hacerlo era el único remedio para no quedarse con los brazos vacíos, mirando la ventana. Tenía que mecerlo. Le limpió con su mano tan negra un poco de leche cortada que le escurría por el mentón y lo meció, lo meció largamente.

Era domingo. La casa vacía tenía un aspecto más sereno, más lleno de fantasmas; sin sus habitantes parecía una caja hermética, sin ruidos, una caja que no tuviera peso. Y ella, adentro, entre todas esas cosas ausentes.

Una vez más miró la ventana pensando que no

eran aún las siete. Cuando empezara la música se subiría a esa ventana y miraría... Deseó que el chico se durmiera y la dejara tranquila; sólo un momento, una hora, mientras durara la música.

¡Uhaaaaa!, ¡Uhaaaaa!

El calor de la tarde aflojaba. La ventana era menos brillante. "Me voy a poner vieja cuidando chicos". Casi dio una carcajada. Le gustaría, le gustaría... correr entre sus chicos, esperar un marido, lavar la ropa blanca con sus manos negras. "Me moriré criando chicos". Vio aquella boca rosada, abierta con el llanto, y los ojillos arrugados y pequeños. Pensó que le gustaría acariciar un hombre, delicadamente, como a un chico. Tocarle la tersura de las manos y la humedad de los ojos. Pero al instante recordó la orden: "No salgas, Gregoria, ni te separes del niño". ¿Qué pretendían con eso? El cerco terminaría de cerrarse cuando se diera cuenta que siempre, toda la vida, escucharía voces como esa. Aunque ahora el cerco todavía estaba abierto. Tenía la ventana por donde entraría la música a las siete de la tarde. Y esto era mucho más hermoso y era preferible a los días de semana. Los días de semana y los otros días. Cuando era joven no sentía los días de semana. En ese tiempo pensaba que aún podía casarse. ¿Cuántos años han

pasado? Sonrió. Se daba cuenta que había sido engañada. Pero es tan común el sentirse engañada. De nuevo oyó la voz de su amiga Dora; "Anda, ámate y entra de niñera; tienes casa, comida y puedes cobrar un sueldo cuando quieras. Los niños con un poco de paciencia casi no se sienten". "Sí, no se sienten" —repitió como una sonámbula— "no se sienten". Pero, ¿por qué tener que amarlos? Uno y otro y luego otro; recibir aquel semidespojo de un vientre y empezar a limpiarlo, a vivir cada grito suyo. "Y luego se lo arrebatan a una". Sintió que un brazo se le ponía tenso y que cerraba el puño sudoroso. La ventana palidecía y la sombra ocultaba ya muchas partes de la pieza. "Van a ser las siete" —pensó—. El niño, más quieto, empezaba a dormirse. Ella cerró los ojos y se sintió con las mejillas tirantes, como si palidciera.

Todo aquello sucedía por etapas. "Sí, el sistema" —se oyó decir— recibir un niño, cuidarlo, lavarlo, verlo crecer tan lentamente. Porque era eso, era el tiempo, tan demasiado largo. Tiempo necesario para mecerlo, para verlo reír, para amarlo al fin. Y aquello terminaba cuando crecía. Después, todo volvía a comenzar de nuevo.

Bostezó y alargó las piernas. El fin de la tarde comenzaba y Gregoria se alegró interiormente. Además, el niño dormía. La tarde no había expul-

sado aún su calor y se sentía sudorosa, incómoda. Por la calle se insinuaba un ruido arrastrado, de viento, un rumor sordo con pocas variaciones, como el acompañamiento de algo que aún tardaría en venir. La ventana se traspasaba de agujeros luminosos, de ramas, de quejidos; una pantalla por la que podría venir todo: la consolidación de la tarde y el olvido. Viento arrastrado, cortina de humo, pantalla de variaciones celestes. Era eso lo que sentía Gregoria y sintiéndolo no atinaba a incorporarse. Sólo esperaba sentada, con los brazos caídos, mirando una ventana que poco a poco le traería un sueño. Por ahí podía venir todo, incluso la sorpresa, el miedo. Pues se recortaba la tarde con sus tonos vinosos y sus ocre, sus celestes caprichosos y sus astros. Todo, cayendo por el cálido prisma de un atardecer inquieto, atrapando la luz con que se iluminaban las estrellas y las ventanas interiores. El rumor crecía con un ritmo vacilante, apenas perceptible, y Gregoria sabía lo que vendría. Al menos podía esperar lo. Porque sino, ¿para qué la tarde, la luz que bajaba y el domingo?, ¿para qué los astros que le daban paso a los sonidos? No, aquello debía venir. Se incorporó, se subió a la ventana y miró la glorieta. La anchura de la plaza se recortaba entre las nubes de polvo. Pudo ver perfectamente la glorieta sin músicos y los chicos que la rondaban

cantaban tomados de la mano. Se esforzó por
mirar aún más y no pudo ver más que los niños,
las madres y el polvo macilento. Luego suspiró,
se dejó caer de la ventana y, con una mano un
poco temblorosa, buscó el interruptor que encen-
día la luz de la pieza.

Madrid, Abril de 1962.

EL FONDO TIBIO DE DIOS EN LA ARENA

¡Qué hora para salir! ¡Si se pudiera quedar bajo los árboles! Al otro lado sentía que algo estaba intranquilo; percibía el mar sin sonoridad, sin encanto, con presunción de importancia. Era cálido el aire y se notaba la queja por todas partes. La arena bailaba abrasada y el hastío también, desde su fondo cansado. Porque sentía que algo se había roto en él y en todas las cosas. ¡Aquél era su descanso!, no poder resistir ese deseo o no querer resistirlo.

Se apoyó en la puerta. Saldría al sol, a la arena seca y al aire cálido y luminoso. Llevaba todo: el brevario y el sombrero de paja. "¡Si pudiera acompañarlo Ignacio!" Pero aquel amigo sano y primitivo no había aparecido en todo el día; aquel ser que reía caminando a su lado y se entregaba a esas tardes cálidas a través del camino, ¿no volvería nunca? Sin pensar lo llamaba en medio de su tedio, le hablaba con los labios cerrados.

Salió al sol, sin querer, movido por un impulso irresistible. Sentía algo hueco, falta de materia, como un aburrimiento indefinido. Anduvo por la huerta hasta la entrada de la playa. Bajó a la arena y se quitó los zapatos; se enrolló la sotana a la cintura y fue hacia el agua lentamente. Al mismo tiempo rezaba. Dentro de lo suyo se sentía mejor. Caminó por la orilla húmeda sintiendo la sal pegajosa en las pestañas. Estaba solo, entre el Señor y el mar, lleno de la plenitud que le hizo gustar el padre Pablo, de ese misticismo que había digerido durante aquellos años. Ahora se manifestaba de manera espontánea como si no hubiese tenido génesis ni desarrollo. Aunque no, no era lo mismo; esto era algo más tocable, tocable como el mar, como la arena húmeda bajo los pies. Y bajo los pies su sombra, la sombra de él mismo reflejada en la tierra como un lazo. Quizás sin ese misticismo no tendría fuerzas para seguir. Necesitaba lo otro. Se hacía poca la fe.

Tropezó con los pies descalzos en unas algas que había arrojado el mar. Puso el breviario en el bolsillo y pensó: “¡Si por lo menos estuviera Ignacio! Pero no era eso lo que le faltaba, era otra cosa, que sentía dentro de él. Era eso antiguo, saboreado miles de veces. Porque a pesar de tantos años estaba insatisfecho; no había tranquilidad porque eso no se manifestaba, porque no se había formado. Cuando fuera tomando for-

ma comenzaría a morir y todo iría pasando poco a poco. Al llegar le diría: "Ya estás aquí, para librarme de esta desazón"; y lo vería venir por las aguas hasta llegar a la orilla; y se acercaría diciéndole: "Te sigo". ¿No había pronunciado estas palabras ante el altar al ordenarse? Sin embargo, aquí deseaba, quería verle, a la orilla del mar tenía que verlo. Lo buscaría. —"Esta ansia antigua"—; que le contuvo las manos y el pensamiento. ¿No huía del lecho cuando sus manos temblaban? Y todo eso porque alguna vez lo pudiera ver, por tocarlo, porque le manifestara físicamente su mandato: "Ven y sígueme".

La sotana caída se mojaba cada vez con las olas, se mojaba como los pies en la sombra. Todo estaba lleno de luz, cargado de sal, igual que el aire primaveral está lleno de polen. Su reflejo era húmedo y pálido; daba la sensación de esas luces polarizadas del otoño que no son luces sino cansancio de luces, anual agonía de todo lo brillante, descanso final de una claridad confusa. Y eso que era verano y mediodía y caminaba por la playa sintiendo aquel flagelo pesado. No se paralizaba el antiguo anhelo dentro. Caminaba porque con el movimiento tenía la sensación de ir a alguna parte, en busca de algo. Quiso continuar con su breviario y se le hizo pesado por primera vez. El no estaba ahí. Ahí estaba plano, metido en una liturgia pedagógica. Quería ir al principio,

a lo primario, donde El estaba con volumen, místico y lleno de fuerza, vivo en el interior del pensamiento, incorporado ya a sus estratos permanentes.

Duda con ansia en el camino. La última duda que tenía que ofrecer costosamente, ansia a la que tenía que renunciar para seguir adelante sin nada. No lograba volver por los caminos que lo habían llevado hasta ese punto. Antes aquello se iba gestando y el ansia tenía fuerza y podía crecer. Ahora, ya formado, rugía en el fondo.

Se pasó una mano por las cejas sudorosas y se vio envuelto en una luz blanca y amarilla que pasaba a través del sombrero. El mar sonoro y limpio se movía tembloroso en lo profundo de su paz inconciente. Mientras tanto, él recordaba el camino. Su vida verdadera, con un sentido desde el principio. El sentido sensato, formal y positivo. Sus estudios de teología, el padre Pablo, su vida casta y la lucha contra las manos temblorosas. Todo eso estaba concluido y empezaba otra cosa. Había sido una calle de pocos años en que el paisaje cambió poco. Al principio, las cosas surgían sin tropiezo exterior, sin trascendencia, sin sobresaltos. Sólo que en lo íntimo, allí donde todo se cerraba cuando dolía, estaba el daño que amenazaba todo, el sentido, la paz y el equilibrio. Ahora quería que se abriera y saliera vaciándose. Todo. Lo quería sin pensar. El an-

sia era más grande que el pensamiento. También lo lamentó por muchos años: "¡Este Dios invisible!".

Oyó el mar unísono, sin cambio, vuelto sobre su propio ruido. "Quizás está ahí la solución de eso. ¿No podría llegar a El si me fuera por el mar?" Y miró su sombra en la tierra.

El dolor se incorporaba a aquel estado de ánimo como un florecer nuevo, quebrado, prendido a un dominio de su constitución interior. Se preguntaba el por qué de aquello y un presentimiento que nacía con una sensación de aborto le respondía fuerte, dominante. Volvía a sentir la placenta de la cual había nacido su fe, volvía a tocarla cerosa y viva junto a aquel despojo que hizo nacer. Y no gritaba. Su hora se manifestaba por última vez de una manera definida. Todo volvía desde el interior, todo pesaba. "Aquella hora, —se dijo—, aquella última hora; iré y me aferraré a mi último sentido". Porque una nueva astucia comenzaba a actuar buscando la salida; una nueva fe, construida sobre los escombros de la otra, se levantaba ingrávida desde el fondo mismo de su muerte, un hálito renovado, una simiente joven. Aunque también, eso, producto necesario de su seguridad, tenía la nueva conciencia; era un fruto que se gastaba entre los hombres, que hablaba de respirar, de moverse, de gustar el sol y la arena quemante.

Sin embargo, continuaba rezando. En un acto involuntario repetía las palabras de los libros como si su naturaleza se disociara en dos partes y una de ellas cayera, mientras la otra se relegaba a la inconciencia. El fervor presente estaría condenado al hastío de mañana. El límite de Dios alcanzaría la punta de su lengua y caería estéril en la arena ardiente. De pronto pensó: "Este aburrimiento indefinido".

La arena tendida desde sus pies, el cielo que descansaba ocre sobre ella, lo envolvían en esa luz de oro que revelaba un mediodía fatigoso, un mediodía que marcaba una ruta sin señal, turbia. Era la hora en que las cosas dan esa sombra definida, exacta, formada como el propio cuerpo. "La piel marca también el término del alma". Se sorprendió sonriendo. "El alma... ¿y después?... más alma". Antes la sentía como un mineral tembloroso; esa latencia que le alimentaba el cerebro y lo regaba acallándolo. Pero al fin, el alma, esa cosa hermética, aquí no latía.

Una bandada de pájaros pasó por el cielo oscureciéndolo. Ya no veía su sombra; sólo el ruido de alas, miles de alas avanzando... En seguida, todo se calló y no hubo para él más que un golpe que parecía venir del cielo como un pájaro, una presión que se materializó en su espalda, al lado del cuello, igual que una tenaza viva.

El ruido de alas pasó y el golpe siguió

ahí, puesto, doliendo como herida. Lentamente bajó la cabeza. Su pensamiento rápido, rapidísimo: “¿Qué es esto?... pero... ¡no puede ser!” No se sentía. Todo su cuerpo estaba en la presión que tenía en el hombro; en el peso vivo, medible y doloroso. “Sí, era eso. Al fin, era El, que lo tocaba, era El, El...” cada vez más fuerte, como pegado. “No importa, es El, El... ¡Perdón!” Fue sintiendo el orgullo de las mejillas húmedas y el peso más ligero, más ligero. “...Bueno, bueno, es este, así es el fin”. Respiró. Y como si nada cambiara se vio tirado hacia adelante. Cayó sin mirar, despacio, con la mitad de los hombros. Se empezó a volver, poco a poco, como no atreviéndose. Y a través de las lágrimas vio la figura plana y fulgente de Ignacio. Lo vio sonriendo, todo en un instante. Luego vio su mano amable, solícita:

—¿Qué le pasa, padre? —y se arrodilló— ¿por qué llora?

—No, nada... deja. No me pasa nada.

Santiago, Mayo de 1960.

LA SONRISA EN LA BOCA

La muerte es grande
boca sonriente
le pertenecemos,
cuando en medio de la vida
nos creemos
ella se atreve
y llora sobre nosotros

Rilke

Bien podría decirse que aquella vez tuve un solo pensamiento: destruirla. Y, óigame bien, el asombro que esto me produjo me dejó largo tiempo silencioso. Siempre he construido los acontecimientos de acuerdo a un programa y este hecho (¿diré mejor, este encuentro?) sólo logró desorientarme de manera tal que el equilibrio de mis valores antiguos no sólo se quebró sino que hallándome sin ninguna dirección se me presentó la atmósfera habitual, la que día a día respiraba, como una frustración, la primera frustración. Usted dirá: ¿y por qué? Bien, no es la magia lo que yo persigo sino lo otro; quiero realismo. El huir supone un rompimiento anterior con todos los valores que guían nuestra vida y como por desgracia yo no había roto con esos valores aquel encuentro se encargó de hacerlo. Y no había

cumplido los veinte años. Yo era huérfano y trabajaba ya en esta oficina donde usted me ha visto tanto tiempo. Ni el dinero, ni la asfixia, ni el aburrimiento hicieron que mis planes primitivos, planes que usted ya conoce, tomaran un giro nuevo. Nada cambió; sólo que desde ese momento las estaciones me parecieron mas largas que en el campo, mas helados los inviernos, más tórridos los veranos entre los edificios. Precisamente en aquella época ya iba acercándome a lo que después he llamado "nuestro encuentro". ¿Quién lo diría?, encuentro casual y en parte inevitable. Hoy me canso demasiado tendiéndome en las tardes a contemplar todo este asunto que en general encuentro absurdo. Porque las cosas empiezan a existir a medida que las conozco, y esto que ha tomado nueva forma, este encuentro, me deja más extrañado que todo lo que antes iba existiendo a medida que pasaba el tiempo. He debido costumbrarme a este nuevo orden de cosas tratando de ver en realidad lo que hay de conocible en usted y cuál podría ser la mejor forma de existencia en común. Por lo pronto, reconocerá conmigo que el ideal de nuestra relación es la paz, entendida de un modo diferente a como la entienden los demás hombres. Hay en usted y en mí lo que pudiéramos llamar un todo; como si usted tuviera lo que a mí me hace falta y yo lo que usted necesita. Conste que he llegado a

esto de una manera totalmente realista, fría y calculada. Quiero verlo todo al desnudo y si es posible cuando recién viene naciendo.

Por eso, nada me ha desorientado más que saber de pronto, que todos mis argumentos anteriores eran falsos. Antes de conocerla, me encontraba... ¿cómo decirlo?... ¡solo!... sin más programa que el que lentamente iba marcando el tiempo a mi alrededor. Sin embargo, no podría decir que en ese tiempo era infeliz; veía el amanecer de cada día como algo que debía ocurrirme siempre y ni por la forma mas remota me imaginé que aquello bien podría no haberme sucedido. Pero ¡vamos!, con calma, eso sucedió mucho después. Estábamos en que yo miraba las cosas de manera realista y que ambos, usted y yo, formábamos un todo, un todo con una sola diferencia. Quizás es difícil entenderlo; hay como se dice, un pequeño desnivel entre su posición y la mía, porque al final siempre yo me fundo en usted y todo sigue existiendo con su nombre. Esto es quizás una forma somera de ver las cosas aunque tendrá que admitir que a pesar de eso no es una forma carente de criterio. La soledad de ese tiempo era un peso que iba aumentando a medida que crecía mi imposibilidad para explicarla; tuve que conocerla a usted para que todo, la soledad, el miedo y el límite que tiene cada cosa se esclarecieran. Sin embargo, no por mucho tiempo, pues usted misma

y yo, y el miedo y la soledad estamos puestos sobre el mismo plano, ¿se da cuenta? No, aún no le he dado un nombre a ese "estar sobre un mismo plano", porque, ¿cree usted que ese es el camino? Lo dudo.

La diferencia entre su posición y la mía se me hace clara. Yo me remito a vivir solamente y el antagonismo se cumple desde ese momento. Somos una rara manera de constituir un todo, ¿no cree? Como decir, estamos en los extremos de un trazo en el cual nuestras vidas llegan justo hasta su medio; y es más, creo que ese trazo es un vector cuya flecha corre en un sentido opuesto a mi vida. En resumen, que mi vida siempre va en pos de la suya. ¿Qué le parece?

Claro que creo estar complicando demasiado el asunto. Mi sangre mientras tanto corre roja y caliente. ¡Qué contrariedad! Lejos, sin embargo, veo esa mano suya, fría y pálida, que espera tranquila cualquiera debilidad que la mía experimente. ¡Lo que hace pensar de manera realista! Al encontrarla a usted creí ser el único que había logrado conocerla. Pero luego he notado en ese silencio de los seres, de los seres que cantan y de los seres que aman la magia, la misma inquietud nerviosa, una clase especial de delicadeza dura. No querrá creerme. Al principio pensé que todos ellos sentían lo mismo, que a todos los unía un horror parejo, pero poco a poco me di cuenta

que unos y otros estaban más o menos habituados a su trato y que algunos, los más viejos, hasta se decían sus amigos. Claro que de una forma insoportablemente mágica en la que su imagen aparecía sólo esporádicamente. Pero ya le he dicho que yo soy distinto y que no tengo ese poder de vuelo. Yo sólo miro hacia abajo, o si lo quiere hacia el extremo de ese trazo que dimidia nuestras vidas y veo el agitarse de un velo ante mis ojos.

Pero, mire, ¡puntualicemos!, usted es la mitad de la vida de todos, ¡y es una lástima!; creía que lo era sólo de la mía. Yo estoy en posición de desventaja pues pretendo medir y pesar exactamente los campos y límites de su acción, límites que aún desconozco. ¡Yo soy realista! Incluso en un tiempo intenté estudiar ingeniería habría fracasado, supongo, pues ya se han inventado las matemáticas abstractas. ¿No le parece triste? Sólo puedo quedarme tranquilo a la espera del toque de salida en mi pequeña oficina comercial. Y nada puedo hacer con las preguntas que se me han acumulado últimamente; no sé por qué suerte de fenómeno no tienen respuesta. Bueno, creo que será por la misma transformación que experimento. Porque ese primer pensamiento, aquel deseo de destruirla, esa repugnancia, poco a poco ha ido atenuándose. Yo soy joven, ¿sabe?, y me muevo y puedo estar enfermo; mi ley es la cinemática. Pero partimos de la premisa que admite

la superioridad suya en base a un pequeño desnivel, así es que he llegado a una seria conclusión: sí, creo que usted odia todo movimiento; ¿estoy descaminado? Y hay algo que no se explica: es mi extrañeza, esta extrañeza que es hablar, comer, estar enfermo. Creo que deberíamos ponernos de acuerdo.

Ese trazo dimidiado por el término de nuestras vidas es un lugar que por sí mismo constituye una incógnita. En él hay dos zonas bien definidas; su vida y la mía. Bueno; el límite entre ambas yo siempre lo he respetado. No así usted. Porque dentro de todos mis recuerdos puedo extraer uno que me turba; es ese que me dice que a través de toda mi vida usted ha ido tocándome imperceptiblemente, como quien toca una fruta que va madurando; eran esos momentos en que luego que pasaban, sentía un olor un poco nauseabundo que me duraba por días. No sabe usted lo que fue conocer la otra parte de mi propia estructura, y saber además que usted se inmiscuía en la naturaleza que yo siempre había conocido. Este es otro punto de ventaja a su favor. Lo reconozco.

Si, convengo con usted que hay una rara tendencia en todas las cosas al antropofagismo, que la avidez impera en cuanto a digerir y a digerirse. Pero, dígame, ¿pesa algo esa cosa horrible cuando se la pone en relación con una nueva forma de moral? Yo, unido a usted, podría digerir-

me a todo el mundo y me quedaría tan tranquilo. ¿A qué se debe? Recuerdo un viejo consejo: "Póngase un punto, o si se quiere dos, sobre cada una de las íes de la palabra felicidad y así logrará fijarla para siempre. Pero luego de fijada no permita que se escape". Creo que comprende. Aunque mejor sería reírnos pues el tiempo corre y me siento anquilosado. Damos demasiada importancia a cada funeral a que asistimos y comienzo a creer que nuestras plazas presentan ya un aspecto un tanto mefítico. Pero es que ¡me olvidaba!, ante usted todo palidece.

¡Sí, créamelo, palidece. Como cuando siendo yo muy joven tuve que ser presentado a la autoridad mayor de la arquidiócesis. Me llevaron mis dos tías con la intención de que, habiéndome ellas encontrado dentro un profundo deseo de profesar, ingresara al seminario. Someramente esto es algo mínimo, pero trate de pensar, adentro, allí donde todo es santidad y rejas, donde los espacios se achican considerablemente, y el venerable señor me toca la mejilla y dice: "Pasta de santo", y sonrío, y yo también sonrío.

No puede imaginarse. "Pasta de santo"; y los santos circulan a cada paso por sobre las cabezas. Allí quizás llegué a convencerme de que aunque había tenido hasta ese momento una idea fija acerca de la santidad, y que ésta hacía palidecer

cualquier cosa, en adelante no me serviría de nada.

Pero todo esto, ¿a qué se debe? Al vuelo. Precisamente a eso. A la diferencia que hay entre yo y los otros, a la felicidad y a la avidez. Tengo un velo ante los ojos y lo interior, aquello que me trasciende, no puedo incorporarlo a mi mismo. El antropofagismo, como verá, se propaga día a día y llega un momento en que el árbol del cráneo se llena de flores tumefactas. Pero, ¿qué le pasa? Quizás la canso. Seré breve. Como le decía me gusta el realismo a pesar de envidiar tanto el vuelo y el olvido, como si siendo conejo deseara volar por encima de la hierba. Yo nací de manera diferente y veo que el descabezamiento se produce desde el instante en que, conciente de este discurso, tengo la suficiente voluntad para contarlo. No me crea cínico. Porque, mire, una flor más que florezca a nadie daña. Concédamelo. Y no es eso lo único. Hay algo aún mas inquietante. El tiempo. ¿Usted lo percibe? ¿No? Me lo suponía. Es necesario hacer sonar fuerte ese canto imposible para lograr barruntarlo. Debe sin duda definirse en uno el pasado y el futuro, saciándose ese deseo último de todo movimiento. Es ese el deseo que se paga. Toma y daca. Aquí funcionan en un sentido completo mis teorías comerciales.

Sin embargo, mire usted la estatua de ese niño.

Quiero hablarle de la magia, de esa cosa que no tengo y que envidio, de lo que ha tomado ese niño en su mirada impávida. ¿Cuál cree usted que habría sido su destino? Creo que soportar el paso del tiempo lentamente. Empero, se le ve ahora, tranquilo, en un profundo sueño adolescente. ¡Oh!, ¡no termino de envidiar esa clase de seres!; esos hombres para los cuales usted cuenta bien poco. ¿Cómo? ¿Aún lo duda? Esos seres la olvidan a usted, sí, la olvidan, olvidan su presencia. Yo, en cambio, soy realista y no me adhiero ni a esa clase de hombres que la olvidan ni a los otros que no la conocen. Porque ¿se ha preguntado por qué sigue viviendo la gente? No, a usted no la conoce nadie. Ciertamente hay tres categorías de seres: los que la olvidan, los que no la conocen, y yo, que la conozco y no puedo olvidarla. Es extraño.

Y es por medio de la magia que los otros seres atrapan las cosas en su forma permanente. Sin embargo, no me refiero a usted porque usted está muy lejos de la magia. Los magos mienten y usted naturalmente es más verdadera que el veredicto de un tribunal supremo. Por ejemplo, no va a decirme que esta estatua es verdadera. No, es una horrorosa mentira. Los magos viven de la mentira. Pero la mentira muchas veces tiene algo de inquietante, algo que se define por sí mismo; es lo carente de todo, la ausencia de una cosa

que existe. A decir verdad nos sorprende demasiado un mentiroso como para aceptarlo dentro de las instituciones que nos sostienen. Así, la mentira va muriendo a medida que nace. No podemos soportarla. Es algo que nos sabe a demasiado raro, a demasiado fuera de nuestro nacimiento.

Pero permítame hacer un pequeño paréntesis. Con este largo parlamento la garganta se me seca. Alcánceme ese vaso de agua. Gracias. Siempre que pretendo exigir demasiado de mi vitalidad me fatigo. Tendrá que ser consecuente y ayudarme. Pero dígame, ¿en qué estábamos? ¡Ah!, en aquello que decía: ¡No mientas! Sabrá usted que yo, estoy de acuerdo con este predicamento pues yo soy realista. Sólo trataba recién de exponer lo que los otros han argüido al tratar ese tema; y como yo los envidio no los creo muy descaminados. Desdichadamente mi consigna ha sido siempre la verdad, toda la verdad, y es así como también me he condenado tratando de dar una explicación a todo esto. ¿Me compadece? No, por favor. Soy demasiado orgulloso de mi naturaleza; no sabe cuánto amo estos inútiles huesos. Pero ¡basta!, terminemos. No hay el tiempo suficiente y el espacio amenaza derrumbarse. Estoy seguro que esta larga explicación no le ha servido de nada. Por lo demás, ¿no es esto lo mejor? Terminar de una vez. No todos nos resignamos a seguir haciendo la misma cosa todos los días.

Los hay que no pueden soportarlo. El tiempo es una constante indestructible, ¿sabe? Esto es una cosa difícil de olvidar. Diré mejor, imposible. Ahora que lo sabe todo, todo lo que debía decirle, me tendrá que perdonar pues ha sonado la campana de entrada a mi oficina y tendré que retirarme. ¡Ah!, y respecto a lo otro, no se preocupe. Olvídelo.

Santiago, 1961.

LA INJUSTICIA PRESENTE

Aunque quiera decirle, africano, las verdaderas razones que me impulsan a hablar, no puedo hacerlo pues desconozco esas razones. Todo se reduce a una inquietud, a una desazón, imposible de explicar. Antes era completamente feliz y ahora no lo soy. ¿Por qué? Los últimos meses han sido duros, ¿sabe? Con la enfermedad de mamá debido a correr de un lado a otro llegando al límite de mi cansancio. Además, el trabajo me quita mucho tiempo. ¡La vida es tan dura! Me siento pesado, sin ánimo... Eso debe ser lo que buscan un hombre desgraciado, ¿no? ¿Le extraña? Algún día tenía que llegar. Ese día es hoy precisamente. Le puede pasar a cualquiera; a las personas honestas y a las otras. Hay veces que pienso que es el mundo el que se revuelve en una cierta dirección para hacer recaer en alguien su desgracia. Como un castigo de Dios. No entiendo mucho lo que pasa. Yo soy una persona decente,

trabajadora, útil en la medida que puedo a mis semejantes. Entonces, ¿por qué había de caer todo sobre mí? Yo no tengo enemigos, no causo mal a nadie. Creo que no merezco este castigo. Pero Dios, ¡Ah! Dios... Muchas veces el destino es cruel y hay que aceptarlo. ¿Qué sacaríamos haciendo lo contrario? Desde el momento que nos pusieron en el mundo debemos hacer lo posible por trabajar, por luchar, para que llegemos algún día... Pero, mire, el problema mío es otro. Me reconozco una persona decente, un ser civilizado. Hay cosas que son sagradas para mí. No soy de esas gentes que despotrican contra todo y todo lo hayan malo. Yo no soy un resentido, no odio a nadie. He adquirido los buenos hábitos y las cotumbres honestas. Creo en todo lo que nos organiza, en lo que nos dirige, en la religión, en la familia, en la comunidad humana. Nuestra misión es compatrir una parte del destino desde esas instituciones. Pues bien, debemos trabajar, trabajar. Eso es lo que la gente no puede comprender. Que el hombre necesita armas, un patrimonio espiritual, ¿no cree? Debemos defender ese patrimonio. No permitir que cualquiera de un solo golpe pueda arrasar con lo que costó tanto tiempo en construir. No, eso no podemos permitirlo. Por ejemplo, el estado, la familia, la religión, no pueden abandonarse al capricho de un loco. Estoy seguro que si el mundo siguiera los

preceptos religiosos sería mas feliz y mas honrado. ¡Ah!, adivino lo que piensa, amigo mío. Aunque no, a las desgracias como la mía no les podremos nunca poner atajo porque provienen de una fuerza insuperable. De Dios, sí, de Dios. Antes debemos agradecerlas porque esas desgracias contribuyen a que nos hagamos mejores. Al pensar en estas cosas, me conforto, me alivio del peso de esa inquietud constante. Sin embargo, espere, le contaré más en detalle.

Todo comenzó cuando mi madre cayó enferma. Estábamos solos, mi hermana y yo, y no teníamos mucama. Cuando el médico vino, dijo que no encontraba nada, que sólo era indigestión, agravada por la edad de mi madre. Esto me tranquilizó y pensé que mamá había sido siempre un ejemplo de salud, de fuerza incontenida. Sin embargo, hasta ese momento nunca había pensado demasiado en ella. Como siempre la vi agregada a todo lo que ocurría en nuestra casa, no pensé que en algún momento se pudiera enfermar, que pudiera separarse de su mundo para actuar por cuenta propia.

Me preguntará usted que si la quiero. ¿Cómo podría no quererla? Sí, la quiero enormemente. Incluso cuando niño creí sentir una pasión extraña por ese ser que me besaba largamente sin poder contenerse. Y aunque todo esto para mí es una larga nebulosa, sé, sin embargo, que en aquellos años la necesitaba terriblemente, que todo lo

que yo hacía estaba saturado de su acción, de su influencia. Entonces vivíamos en el campo y todas las tardes mirábamos juntos unos libros llenos de flores y de estampas que habían pertenecido al tiempo de su juventud. Sus manos, al dar vueltas las páginas, me parecían las manos de un arcángel, de la reina de los ángeles; un ángel sacado de esos libros, de ese mundo maravilloso. Todo ese mundo lo amo, estoy unido a él por sentimientos, por ansias y deseos pueriles. Era mi madre la que en esos años acallaba mis temores; en aquellas noches plagadas de monstruos, el rostro de mi madre aparecía tranquilamente iluminado por la luna que vagaba en el techo del mundo. Cuando recuerdo todo esto encuentro demasiado inútil el venir a confesarme con usted. Empero, creo que es necesario que se lo cuente todo hasta el final.

Después de escuchar el diagnóstico del médico, aproveché las vacaciones que tenía y me fui de la ciudad. Esto me lo reproché tiempo después. Pero la verdad era que no me sentía bien del todo y ereía merecerme ese descanso. En el fondo eran sólo cuatro días que nada significaban dentro de la responsabilidad que tenía en la familia. Cuando volví me dijeron que habían llevado a mi madre a la clínica y que pensaban operarla. Me lo dijo mi hermana con una cara seria y apenada. Yo la miré despacio y pensé que ese momento lo

había esperado toda mi vida, que era una prueba que necesitaba. Siempre me interesó saber que me pasaría si mi madre se muriese o estuviera en un peligro. Y a pesar de que ella solía repetir que probablemente moriría de cáncer, esa posibilidad nunca se me había hecho lo bastante consciente como para tener un significado definido. Muerte, cáncer, pensaba, eran realidades que nunca me alcanzarían. No obstante, cuando me lo dijeron esa tarde, se me presentó la idea por primera vez, clara, certera, con una certeza abismante. Y aquello que esperaba que se me produciría, el odio, la rabia, la impotencia, se detuvo en mí y me quedé inmóvil como si nada hubiera sucedido. Lo malo fue que tuve que fingir ante mi hermana la emoción que ella esperaba de mí; me dije que me odiaba, que todo me salía mal y que no debía ser así. Eso, como comprenderá, me hizo mucho daño; esa reacción mía, fría, calculada, odiosa. Felizmente vino en mi socorro el recuerdo de que algunas personas nerviosas como yo reaccionan de esa forma en los momentos de mayor emoción en la vida. Esto me apaciguó y de ahí en adelante dediqué todos mis momentos a cuidar de mamá. La cuidaba con un fervor extraño, furioso, reconcentrado, casi ajeno a mi mismo, fervor lleno de remordimientos.

Cuando pasó la operación fue necesario practicar un examen al tejido que habían extraído.

Una semana en la que no podría decirle que sentí ansiedad. Lo sabía todo de antemano. No podía ser otra cosa. Es una enfermedad tan común entre nosotros. Por razones afectivas me correspondía ir a mí por el examen. El día anterior consulté previamente el nombre científico del cáncer, para así tener todos los datos necesarios que me permitieran formar un juicio cuando llegara el momento. Debía ser por la mañana y a pesar de molestarme tanto la visión de un hospital me dije que por mamá podía hacerlo todo. Era un día hermoso con un cielo azul lleno de pequeñas nubes. Cuando llegué allá me hicieron atravesar por largos pasillos con olor a éter, entre las salas comunes llenas de pacientes. Créame que a la vista de esto sentí pena. Pero pensé en mamá y me alegré que ella estuviera en una clínica privada, rodeada de sus enfermeras y de la solicitud de sus médicos. Todo aquel mundo era distinto. Pertenece a mi mundo organizado. Finalmente pude llegar ante una puerta que decía: "Cátedra de Obstetricia. Laboratorio de Anatómo-Fisiología". Aquel nombre me dio miedo. Sentí un leve temblor, pero luego me sobrepuse y entré. Detrás de un escritorio había una enfermera a la que le dije que venía por el examen de la Sra... Al instante me dio una mirada y sonrió. Pero la noté extraña, con una cortesía nerviosa y forzada. "¡Ah!, sí —dijo— precisamente el doctor acaba

de dejármelo". Y luego agregó: "Pero no se preocupe, porque estos males se curan hoy en día". Yo no terminé de comprenderle y le di las gracias y salí. Afuera volví a sentir el olor a éter. Rasgué el sobre y mis ojos buscaron al término donde decía: "Diagnóstico: Adenocarcinoma oviductal".

No recuerdo bien lo que pasó, pero creo que di un gran suspiro de alivio. Era eso y yo lo sabía anteriormente. No me podía equivocar. Sentí pena por mamá y me preparé para dar la noticia a la familia. Mientras caminaba hacia la clínica iba estudiando una actitud adecuada que revelara mi pena por la desgracia que venía. Y allí creo que me di cuenta de todo y pensé en Ud. No se imagina lo que se siente en esos casos. ¿Se da cuenta? Al principio pude atribuirlo a que... ¿sabe?... ¡no estoy del todo bien!; los nervios, desequilibrio emocional, problemas económicos, etc. Pero ahora, ya al final de aquello, me parece imposible que persista en eso mismo. Usted podrá decirme qué es lo que falla en todo esto. Algo irremediable ha hecho que dude de mis convicciones de toda la vida. Quiero a mi madre, africano, es necesario que la quiera. No puedo resignarme a pensar que debo olvidarla. Recuerdo mi niñez, mis años de internado y no puedo sino reconocer que en aquel tiempo amaba a mi madre con toda mi alma. ¿Qué es lo que falló enton-

ces, africano? Yo no lo sé. Ahora ella se muere y me repito que no puede morirse, que madre hay una sola y que estos argumentos deben ser sustanciales en mi vida. ¿Es esto el fin de todo? Oígame africano, ¿por qué se levanta? Necesito que me explique, que me tranquilice. No, no se vaya así. Africano, escúcheme, dígame si podré verlo de nuevo por lo menos.

Santiago, Junio de 1962.

OTRA COSA

Yo diría ; aquí estoy, estoy cansado, cansado de tener que llevar mi vida como si fuera una cesta de huevos.

W. Faulkner. Luz de Agosto.

De repente, tuve el presentimiento de estar diciendo groserías, palabras inútiles, que en 'el fondo son las que mejor nos expresan. Cada recuerdo de mi vida está saturado de esas palabras, de ese hastío. No, no le permito adelantarse. Le ruego que me escuche. Dentro del marco familiar podría encontrar miles de esas palabras que expresarían mis anhelos, mis pequeños sueños; las noches que pensaba que mi vida era vacía, que los grillos canturreaban ligeros en el techo y que mi madre vagaba por entre los interruptores apagados de la casa. Nada dejo pasar sin recordarlo. La cara de mi hermano también, hermosa y fresca, enjuta, como los rostros infantiles. Esa cara que luego me odió y que odié irremediablemente. ¿Ha sentido acaso ese roce de una mano que al principio acaricia y que luego golpea? ¿Ha sentido el miedo? Yo podría hablarle largamente de todos mis recuerdos; de esos recuerdos inútiles como palabras groseras. Todo me viene así, dislo-

cadamente. Todo cojea. No puedo contarle una historia hilada. No, ¡por Dios!, no me lo pida. Oígame solamente. ¿Ha sentido el hastío? ¿Me cree cuando le digo que por las noches sentía miedo, agarrado, soldado a mis huesos?

Al principio, la tibieza del campo, las palabras que rebotaban frías en mis ojos diferentes; ojos de loco, le aseguro. La frialdad de las mañanas con el canto pausado de los pájaros. Luego, la cara de mi hermano, siempre a mi lado; el rostro que me seguía hasta en las noches de mis sueños. Todo eso ha contribuido a arrancar los vapores de mis ojos. Los recuerdos me han matado, me ñan herido más allá de toda violencia. Ahora puedo denunciarlo todo; la extorsión, la lucha... nada, en el fondo. Sólo recuerdos que pienso en otro idioma. Quiero terminar por creer lo que dice la gente.

Todas las tardes veo a dos monos que se hacen el amor debajo de un banco. El mono es casi bello, ella casi bonita. No puedo pasar más allá del casi. Al fin, siempre, todo "casi" se cumple. Adoro la estatura de lo que nunca se cumple. Adoro todo. Me duele no ver más allá de lo que le pasa a la gente. Y ahora me pregunto si no se cansa el abogado vecino de mi casa de introducir y sacar la llave de la puerta de su despacho todos los días. Dicen que es floreciente. "Treinta y nueve casos a la horca". Un record que muchos

envidiarían. Lo veo desde mi ventana, correcto, metido en un costoso sobretodo, feliz de pensar que a su oficina ha ido el mozo con un plumero de limpieza. Entonces, yo miro a mi alrededor y no veo más que mugre, mugre y desgracia. Empiezo a decir groserías. Las digo fácilmente, con devoción. Arranco los cordones de la luz y odio a mi hermano que me mira desde la foto que está sobre el escritorio. Lo odio con injusticia, con olvido de su bondad, con resentimiento. No puedo liberarme de los deseos indecentes.

Los recuerdos. Las mañanas pálidas y los montones de nieve junto a la acera. No, perdón, debo ser sincero. No existía la tal nieve. Eran los montones de basura. Cabezas de animales chupados por mis labios, hollejos de verdura abandonados por nuestra cocinera. Montones de basura dentro de mis recuerdos. Alegorías de sueños procaces. El razguído de un arpa que en el despertar tibio de mi infancia me dejó dormido. Mudo. Desde ese tiempo acá he aprendido a hablar, a gritar como la gente. Lo he aprendido todo. He aprendido a odiar con la bella mirada de mi vecino, el abogado.

Total, un fracaso. Mejor me vuelvo. Pero, ¿a dónde?... Sí, unir los retazos de estos gritos y hacer una historia con sentido. Abomino de mi dicha, de este estar contento cuando, reunidos en la mesa de familia, chupo los huesos de un ani-

mal, lentamente. Odio mi silencio, el temblor de mis labios.

Casi estoy seguro... casi lo veo... casi descanso... casi recuerdo...

No me obligue a permanecer aquí, parado, mirando la luz de esta vela que me daña los ojos. No me obligue a quedarme despierto. Llévase, llévase estos gritos y diga que son mis recuerdos. Diga cualquier cosa, lo autorizo. Puede fingir incluso que son luces o plantas. Puede decirlo todo, pero váyase, váyase. O no, aún no, no se vaya. Puedo recordar algo más todavía. Los lagartos en el techo. Los arañazos, noche tras noche. El ataque de los monstruos que querían mis recuerdos. Sin embargo, pude sostenerme poniendo barricadas. El muchacho que hay al otro lado de mi casa me ayudó. Los dos sostuvimos el ataque. Todos los días, él llegaba rápido y arreglábamos las tablas que los ataques de la noche habían desprendido. Después él me miraba y sus ojos azules sonreían. Me decía: "Ya pasó", y me tomaba la mano. Así nos quedábamos en un semi-amor imposible, contentos, hasta que la noche llegaba, él se iba, y empezaba la lucha.

Cerraba los ojos y pretendía dormir. Los arañazos eran terribles, como voces de niños. En algunos momentos todo se callaba y lograba dormirme. Pero al rato, ¡pum!, de nuevo los gritos. Incluso muchas veces oí las voces de mi hermana.

no. Fue por ese tiempo que logré odiarlo con más fuerza. Y lo más terrible era no poder disminuir el miedo.

Y estaba lo otro. La enfermedad de mis huesos. Un día me di cuenta que no alcanzaba a mirarme en el espejo del lavabo. Me toqué la espalda y la encontré curvada. Desde ese día hice en la pared una marca de la disminución de mi estatura. No puedo dejar de recordar estas cosas que me causan horror. Preferiría mil veces no haber nacido nunca. Ahora todo se ha cumplido; digo groserías, oigo los ataques en las noches, y mi pecho está casi junto a mis rodillas.

Ya sé que todo esto a usted no le conmueve. No obstante, es por eso que puedo decírselo. Detesto la lástima. Podría así contarle tantas historias ocultas de mi vida. Rodeos inútiles con mis muletas que poco a poco se iban acortando. Esto, si usted quiere, no tiene importancia, no me atormenta, pero lo que no puedo olvidar es aquello otro. Las palabras que oía al principio en mi casa, las miradas que me daba mi hermano, cuando yo aún creía que suicidándome iba a vengarme de la gente. No pocas veces he pensado que esto también debía olvidarlo. Que todo era más simple, como la vida alegre del abogado que tengo de vecino; que esta vida, la vida mía, está deformada por el conocimiento; que debería dejarme llevar y no pensar en nada. Todo lo que necesito

para esto es un instinto, esto es, un instinto que me arroje desnudo sobre las cosas, un vigor que me someta a ellas. No quiero sentir la repugnancia, el asco que me provocan algunas acciones. Por eso la solución sería entregarme a las cosas simplemente, sin tocarlas, ni elegir las, pues es esa capacidad de comprenderlo todo la que limita mi visión alrededor. Pero luego pienso que es necesario pensar algo, otra cosa; que hay algo que no se integra, algo que no somos capaces de pensar, que no nace aún al pensamiento porque no nos atormenta lo suficiente como para tener que pensarlo.

“El viento viene hacia mi
me sostiene, me arrastra”

oigo decir todavía por las noches. Pero no es el viento lo que viene; es la fiebre, los insultos, los arañazos que dan paso a los días y a las noches; que dan lugar a que una mano se acerque y me sostenga. Sin embargo, tengo la conciencia de algo más, de eso otro que somos incapaces de pensar. Eso también lo sé, pero aún así, muchas veces me atormento, bajo una mano y digo: ¿por qué no pensarlo?

Santiago, Julio de 1962.

BIGAMIA

Se dio vuelta abandonándose a esa lascitud con los ojos cerrados. Adivinó el hueco luminoso de la ventana y supuso el sol lo suficientemente fuerte para dar aquel reflejo dorado con que se manchaban las sábanas y las murallas cada mañana. Azul es una parte, verde ceniciento, ocre suavemente convertido en amarillo, grises a destajo. La mañana plenamente manifiesta. El frío entrando a raudales hasta la tibieza de las sábanas; una tibieza cansada que envolvía todo su contorno, que nacía desde la profundidad de sí misma. Recién eran las siete. Una hora para el desayuno. Suspiró.

“¿Desde cuándo hacía aquélllo?”

En el fondo todo era quieto, luminoso. La noche desalojada que vuelve a manifestarse tan inaccesible; el cálido prisma de la luz descompuesta con sus tonos casi sombríos. Esa fuerza que nace supuesta cada mañana. “¿Y qué?”, ¿pretendía

materializar los fenómenos? ¡Un fracaso! ¿Cada tentativa?...” Sonrió. “Cada tentativa”. Esfuerzo por sacar fuera de su placenta aquel claro milagro, por reproducir su secuencia y su ritmo, por definirlo. “Sí, definirlo. Aquella era la cosa”. Y no podía. También era eso.

Lo sintió toser quedamente. “¿Para qué verlo?” —pensó— “estará igual, con la barba demasiado larga. Creo que me iré con él en el coche...”. Pensó que el niño llegaría temprano. ¡Qué importaba!

El encendió un cigarrillo y volvió a toser. Aún así permaneció quieta.

—¿Duermes?

—No.

—Pide el desayuno.

Tocó el timbre. El se levantó y encendió el gramófono. En el techo los grises lentamente se fundían creando una atmósfera envolvente.

“Sí, me iré con él, en el coche. Qué suerte haber pasado anoche por la tienda”.

Desde que no pintaba hacía aquello. La tienda de antigüedades, a la que iba todas las mañanas, estaba al otro lado del río. Cuando volvía recibía al niño, disponía la casa, cocinaba, llamaba por teléfono. Todo dignamente hecho. Desde hacía tres meses no pintaba porque, al saberse abuela por primera vez, debía cuidar el vástago con esa indiferencia que le producía cualquier nuevo esta-

do de cosas. “¿Abuela?” Sentía aún su vientre duro y suave, su agilidad mayor que en cualquiera época. Veía cada día que un nuevo ánimo aparecía fuertemente prendido. “¿Hasta cuándo?” Ya era abuela. Vivía y no terminaba de asombrarse. Y el asombro estaba ahora más formado, más pleno, más definido. Se sentía con una nueva estatura, con una presencia menos lejana, más llena de ella misma. Sin embargo no duraba mucho aquel estímulo. La lucha, después de eso, comenzaba.

La criada entró con las bandejas. Trató de no mirarla. El se movió.

—Recuerda que hoy vendrán mis socios.

—Ya me lo dijiste.

—¿Sí? No recuerdo. ¿Cuánto necesitas?

Vio venir el tema que dejaban cada día y volvían a retomar, el único tema. Nada le asombraba más que aquello. La comunicación en eso se establecía rápidamente, de manera recíproca. No pintar y hablar de dinero. ¿Eso era todo? Poca cosa. Ella podía esperar. Podía representar mucho todavía.

Tiempo desperdiciado y una tarea cumplida. Tranquilidad encontrada a fuerza de sentirse sola, de ver que era la única que podía recordar, sentir, moverse entre las cosas. Y a más de eso había tenido aquella liberación, ese descanso que la despojaba de todo. Pintar. Se sabía culpable. Su

búsqueda, referida a otra parte, dejó de centrar su fuerza dentro del hogar que ella misma había formado. Y todo lo vio morir como estrujado por sus propias manos. No terminaba de entenderlo. Empero, se movía tranquila con una suave somnolencia. Porque, ¿a qué apurarse? Llegaría aquel momento en el que su culpa se terminaría en vista de un dolor soportado fieramente. Eso tenía mérito. "No poder pintar". Pero, ¿era sólo eso? Sí, sólo eso, algo a lo cual se abandonaba con un ligero fatalismo. Dolía aquello a causa de que todas sus fuerzas estaban en un centro que no correspondía. Su culpa, que la inhibía un poco, le mostraba también que debía aprender el silencio; y la otra espera, la espera inconciente, le imponía la condición vital de un futuro en el cual la esperanza estaría totalmente cumplida.

Le miró la frente pálida, transparente por la luz que le resbalaba hasta los pómulos, la barba gris y el cuello prematuramente flácido. "Envejece —pensó— cada días más". En cierto momento esa palabra había aparecido en su espíritu y ya no la abandonaba. "Envejece". Desde ese día había seguido el curso declinable del vigor, poco a poco se había ido cerciorando de sus flaquezas, de sus pequeños dolores. No había pensado mayormente. Intuyendo de otra manera había penetrado en esa lenta evolución, atrapando su ritmo. Fue al ver aquello que había pen-

sado en su liberación. Y veía que el ciclo se cerraba de muy distinta forma a como ella sentía la existencia. El instinto, más que ninguna otra fuerza, la llevaba a suponer que su propia vitalidad iba en aumento y que su impulso era de una clase que día a día se reforzaba. Llena de una fuerza que no le permitía pensar más que en sí misma, de una fuerza inservible, innecesaria, coordinaba los planos en los cuales jugaba, planos de dos caras, llenos de remordimiento. Siempre la mañana la sorprendía en ese diálogo absurdo en que una parte de aquellos dos planos, la parte verdadera, imponía una nueva condición, un balance de toda la noche desplazada por la vigilia. Aquel choque, más innecesario aún, agotaba la poca resistencia que pudiera haber opuesto a su silencio. Cuando recién trató que el juego superara cualquier desequilibrio, había logrado atrapar ese abatimiento, y el juego, aquel juego absurdo, se había transformado poco a poco en la mitad de su vida. Ahora se encontraba cogida por él, y esa dependencia, con una mezcla de alivio, le permitía desahogar en parte su capacidad contenida. Fue al comienzo de esos tres meses, cuando, al dejar por última vez el taller, entró a la tienda de antigüedades que estaba a la salida del pasaje. En la vitrina había varias piezas de porcelana de colores claros y brillante. No había tenido ningún interés preconcebido. Instintivamente compró al-

gunas, y al volver a casa, en el comedor, al ponerlas sobre el fondo claro de la mesa, sintió que algo había descansado en ella, algo que al mismo tiempo le producía un ligero placer y la tranquilizaba. Dos o tres combinaciones sucesivas aumentaron aquel placer y no le puso término hasta que agotó todas las posibilidades de nuevas vibraciones del color y la tonalidad. Recordaba que aquella noche había dormido tranquila. Al día siguiente corrió de nuevo al comedor y, ayudada por los cambios de luz, ordenó las piezas de manera que unos tonos aparecieron más cálidos, otros más absorbentes. La forma de cada pieza se diluía en planos de textura luminosa; cada una se transformaba en una sensación distinta; como el misterio manifiesto de lo que, conteniendo una existencia de átomo, se crea de manera espontánea; como la expresión de un mundo que a cada momento se rompe para volver a formarse; como tener un trozo de sombra o un fulgor. Era algo diferente. Un orden unido al mundo sólo a través de ella misma. Eso representaba una nueva vida aún más inquietante, un giro nuevo, una nueva visión, una idea fija que no la abandonaba. Lentamente se sintió tomada por esa vida. Volvió periódicamente a la tienda y las porcelanas eran elegidas por selección de tonos. Las combinaciones, productos de un análisis que atendía a un deseo íntimo y claro, le producían

una paz que la hacía permanecer largo tiempo junto a la mesa, sentada y absorta, hasta que los ruidos exteriores la obligaban a incorporarse. Y era imposible materializar todo aquello, era imposible. “Un fracaso, un verdadero fracaso”.

—“Tendré que apurarme —pensó— o llegaré tarde a la tienda”. Sintió de nuevo que el frío penetraba con una sensación dolorosa. De la cordillera empezaba a venir una niebla que atenuaba el colorido haciéndolo todo más gris, como al alba. El amanecer, que había empezado claro y brillante, se transformó en tonos imperceptibles, casi otoñales. Todo fue cosa de minutos. Además era bello. ¡Qué importaba! Se puso una bata y entró al baño. Al mirar su cara en el espejo la sobrecogió un estremecimiento frío. Cerró la ventana de golpe. Se desnudó y echó a correr el agua. Al instante todos sus músculos se soltaron. Necesitaba eso. Terminaba con aquel cansancio. “Tres meses”. Una temporada que pasa. “Las porcelanas”. Un juego que terminaría aburriéndola. “El niño... Quizás más tarde”. Tiempo que aún no nace y que caerá dentro de sí mismo. “Una nueva vida”. Esperar. Podría ser igual. “Veremos...”.

Cortó la ducha. A través de la puerta oyó la máquina de afeitar. Se secó calmadamente como estrujando su piel, dejándola cálida y brillante.

Estaba sofocada. El, al otro lado, gritaba. Instintivamente tembló. Al salir lo encontró vestido.

—Llegaré tarde otra vez.

Lo miró y se vistió lentamente. Luego, cuando salieron, se colgó de su brazo.

San Francisco de La Palma, Febrero de 1961.

I N D I C E

EL MOMENTO EXTENUADO	7
EL FONDO TIBIO DE DIOS EN LA ARENA	13
LA SONRISA EN LA BOCA	21
LA INJUSTICIA PRESENTE	33
OTRA COSA	41
BIGAMIA	47

CINCO Y UNA FICCIONES

por Mauricio Wacquez

se terminó de imprimir el día
quince de septiembre de mil no-
vecientos sesenta y tres en los
talleres de Arancibia Hnos., Co-
ronel Alvarado 2602, Santiago de
Chile.